

Es inevitable en estos momentos no ser presa del miedo, la impotencia, incluso la ira porque otros no hacen lo que todos debemos hacer, como si tuvieran inmunidad garantizada contra el virus. No es posible que el ser humano pueda controlar al ciento por ciento las emociones.

En particular quienes son conscientes de su desamparo, reos de sus costumbres, y obedientes al llamado de la desconfianza. Somos maleables como el barro del que dice la biblia estamos hechos.

Además, el miedo actúa en algunos casos como una incitación al arrojo y a la imprudencia. Por eso no podemos dejarnos sorprender por lo visto al principio de esta cuarentena. Esa imagen de las aglomeraciones de personas en sitios públicos, estaciones de transporte público, en las playas y balnearios, o pasando de unas ciudades a otras, son actitudes verdaderamente irresponsables a la luz de la razón. Lo que nos hace cuestionar cómo es posible que aun siendo explicito el origen de la crisis, la gente parece no hacer nada para salvarse, sino más bien actuar como suicida.

Pues, bien, así sucede y ha sucedido siempre. Las emergencias no son buenas consejeras. Agréguele que son muchos los que no cuentan con los elementos de juicio suficientes de lo que está pasando para poder tomar una decisión consciente y responsable. De ahí que al capitán del barco le corresponda, por su condición de timonel, cohibirse de tales emociones, como pueda, y asirse a las fuerzas de la calma y el control.

Es en este momento que quienes dirigen nuestra organización social tienen la oportunidad ---—y obligación, por el cargo que ostentan— de desarrollar sus capacidades de liderazgo, las mismas con las que convencieron al electorado de votar por ellos para gobernarles y conducir el barco a puerto seguro, más las que les despierten las circunstancias. Es un esfuerzo que ningún gobernante puede rehusar porque conllevaría más y mayores riesgos de diversa índole

de los existentes.

Por lo tanto, inyectar seguridad en el futuro y confianza en las medidas tomadas es fundamental. Ejercer autoridad, más no autoritarismo. Y, en especial, mantener la templanza, reflexión y suma paciencia. De ahí que sea necesario en extremo que todos los que están a cargo de sortear la crisis se asesoren bien antes de tomar decisiones, y pensar dos veces todo lo que van a decir antes de dar sus alocuciones públicas.

No envía un mensaje correcto a la comunidad el alcalde o gobernador que sale a los medios de comunicación o a la calle a informar de sus acciones y llamar al orden con el ánimo descompuesto, repartiendo culpas por todos lados, y asumiendo el papel de víctima porque no son atendidas sus disposiciones legales u otras razones. Tampoco tiene justificación rebelarse contra el sentido común, como en principio hicieron algunos mandatarios locales al negarse a que les hicieran la prueba del Covid-19, por ejemplo.

Para frenar la anarquía, el momento actual exige de los gobernantes de turno una actitud de compromiso, mucha empatía, comunicación asertiva, entendiendo bien las características especiales de la coyuntura. En el caso particular del gobernador de San Andrés y Providencia, Everth Hawkins, se le vio esta semana que ya pasó descompuesto y airado en sus intervenciones a través de las redes sociales. Sin contar la inobservancia de los protocolos y símbolos que le impone su investidura oficial.

Su actitud no retrató al capitán consciente de su responsabilidad de timonear el barco, aplacar el pánico propio y el de la tripulación, que una situación como la actual exige, sino que estuvo más preocupado por impartir reproches que por la esperanza y la fe racional (el adjetivo es de la filósofa norteamericana Martha C. Nussbaum), que esperaba la gente de su líder. Ojalá esto haya cambiado para cuando se publique este comentario.

No es vehemencia en las alocuciones lo que aguarda una comunidad asustada, son señales de que la seguridad y el control estatal están en las manos de alguien que sabe y puede hacerlo bien. El presidente Duque tuvo la misma equivocación al principio, pero ya corrigió.

Hay cosas que ninguna adversidad puede quitarle a un gobernante o líder popular: la facultad mental de sacar provecho de la experiencia propia y ajena, valorar las orientaciones o consejos

razonables de su equipo de asesores, estudiar el contexto de los hechos que acaecen por cuenta de las circunstancias, y que nada de lo humano le sea ajeno.

Es entendible que uno de los problemas más difíciles de resolver hoy es conservar la resolución y la firmeza necesarias para enfrentar el nerviosismo colectivo, justificado o no; además, inmune al propio miedo que suele desviarnos por la senda de los errores humanos. No obstante, pierde quien deja de intentar.

Sumativo.- Lo dice el escritor Javier Cercas: “No se puede vivir sin temor (al menos sin temer por la vida de mucha gente); tampoco se debe: la valentía no consiste en no tener miedo —eso es temeridad—, sino en dominarlo, hacer lo que hay que hacer y seguir adelante”.

*Este artículo obedece a la opinión del columnista. EL ISLEÑO no responde por los puntos de vista que allí se expresen.